


son la mayoría de nuestros prójimos". Amable sentido teológico y didáctico de una obra.

Santa Matería es una obra que causa extrañeza, que desentona de los habituales estudios sobre las sensaciones. Su paramento literario, aunque desigual, tiene calidades estéticas. Y por excepción, la glosa de un cúmulo de sensaciones nos deposita suavemente en las riberas de la investigación, de algún descubrimiento científico, obtenido por añadidura, como un hallazgo marginal. Tal, por ejemplo, el que hace referencia a las necesarias posturas "emuntorias" de los perros, sean éstos hembras o machos. En efecto, no deja de tener su importancia un "pequeño descubrimiento del autor, hecho en el Laboratorio de Psicología Comparada de la Sorbonna", descubrimiento centrado en minuciosas observaciones y experimentos que hubieron de entregarle la clave de una curiosa adaptación psicofisiológica: Por qué los perros adultos levantan su pata trasera al orinar.—*Vicente Mengod*.


<https://doi.org/10.29393/At355-356-19LCVM10019>

"LITERATURA CHILENA DE LA CONQUISTA Y DE LA COLONIA", de
Miguel Angel Vega, Editorial Nascimento, Santiago

Estudiar los orígenes de una literatura es siempre problemático. Nada más aventurado que la elección de los jalones iniciales, ya que las rutas elegidas habrán de conducirnos por los más inesperados derroteros. Tal ha ocurrido, por ejemplo, con la literatura hispana peninsular, cuyos balbuceos literarios parecen haber sido líricos y no épicos. Y quiere esto decir que, tal vez, nuestra historia del lenguaje artístico habrá de retroceder un par de siglos, hasta aquellos días inciertos en que los rapsodas árabes templaban su estro lírico, entonando esas bellas canciones de amor, conocidas con el nombre de "jarchas o finidas".

He aquí unas divagaciones, exentas de matización erudita, necesarias, sin embargo, para internarnos por el estudio que el profesor chileno, Miguel Angel Vega, ha publicado recientemente.

Su *Literatura chilena de la Conquista y de la Colonia* aborda el tema de los orígenes. Y entre una serie de nombres elige los más representativos, aquéllos que supieron combinar los menesteres de las armas con las incitaciones de la creación artística. Quizás, en aquel período los nombres de los autores y sus obras tienen una importancia secundaria en la evolución del pensamiento y de las formas literarias. Ahora bien, lo interesante de un país conquistado, de una región del mundo que empieza a entonar sus nuevos destinos históricos, con un signo distinto al de épocas anteriores, consistió en resaltar sus notas características, sus vivencias en curso, pues toda manifestación artística y humanista estará en función de ella. Pero una síntesis de tal especie es difícil, porque el historiador, aunque opera en una valiosa perspectiva, se ve distraído por los detalles y no abraza el conjunto.

Miguel Angel Vega ha conseguido esta visión de síntesis, articulada sobre una base de meticolosos análisis. Y así, como soporte de cualquier ensayo posterior, se nos dan las notas, los perfiles culturales que debieron condicionar las expresiones literarias.

Durante la Conquista, las formas e intereses culturales, según Miguel Angel Vega, fueron los siguientes: Afán de oro y de riqueza de los conquistadores, apetito de honra y gloria, espíritu individualista y una baja extracción social del soldado escritor.

Bastan estos elementos para entender y valorar sus producciones. Los escritores Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro Mariño de Lobera y Pedro de Valdivia quedan situados en el marco de sus circunstancias.

La llamada literatura de la Colonia se produce en función de otras formas y motivos históricos. El profesor Miguel Angel Vega nos indica ambas coordenadas culturales y sociales: Presencia del Estado español en Chile, predominio del sacerdote y del letrado sobre el soldado conquistador, extinción del indio, formación de la raza chilena y de la vida colonial, espíritu evangelizante del hombre de la Colonia, lenta formación cultural y carencia de vida espiritual propia.

La literatura de un pueblo, así concebida, se ilumina en sus cabales perfiles, adquiere una dimensión esencialmente humanista, permite ir remontando el fluir de las creaciones, el espíritu se mueve entre luminosas aproximaciones que incitan al juicio crítico, asentado en sólidas bases y referencias. Quizás en ello radica el mérito original de esta obra.

Los autores estudiados nos van entregando la cifra de su espíritu. Alonso de Ercilla ha sido estudiado al filo de indudables resonancias clásicas, de sus influencias sobre otros autores, tales como Ovalle, Diego Rosales, Salvador Sanfuentes, Bilbao, Víctor Domingo Silva y Samuel Lillo. *La Araucana* es el poema épico chileno. "Fuera de su importancia literaria indiscutible, él creó un mito racial de hondo arraigo en el pueblo chileno: el mito del araucano". He ahí, pues, que no existen razones para eliminar esta obra de la historia literaria nacional, tal como lo han hecho algunos autores de parcial y precipitado espíritu crítico, imbuídos por un nacionalismo de limitados alcances.

Pedro de Oña y su *Arauco Domado*, Alvarez de Toledo posible autor del *Purén Indómito*, Alonso de Ovalle con su *Histórica Relación del Reino de Chile*, Diego de Rosales, Francisco Núñez de Pineda, Felipe Gómez de Vidaurre, el padre Manuel Lacunza y los poetas líricos de la época colonial desfilan por estas páginas, situados en su lugar, proyectando sus espíritus, diciendo su mensaje para sentar las bases del gran movimiento literario de 1842.

Cabría indicar la posición crítica adoptada por el autor de esta excelente *Literatura chilena de la Conquista y de la Colonia*.

Miguel Angel Vega maneja con soltura los aportes más recientes de la erudición. Y sobre todo, y esto es lo más importante, tiene ideas personales. Por eso, sus conclusiones tienen valor, hacen de su libro un valioso antecedente para cualquier estudio posterior que enfile, de una vez, el programa y el problema de entregar al país una obra de conjunto sobre el fluir literario, es decir, una historia literaria que no sea una especie de huída marginal.

Interesa citar el estudio que se dedica al padre Lacunza, el más sólido pilar de una posible mística concebida por un chileno.

Como es sabido, el jesuíta Lacunza vivió en el destierro. Y allí escribió la discutida y célebre obra *Venida del Mesías en Gloria y Majestad*.

En pleno siglo XVII, cuando los ecos de la mística española estaban a punto de ser ahogados por un rebrotar del racionalismo, este hombre concibe su obra revolucionaria, confesándose partidario de la doctrina de los milenarios, de esos seres que esperan la venida de Jesús para que reine junto a los buenos durante mil años, antes de la resurrección universal.

Su maravillosa lucubración fué condenada, incluida en el Índice, sólo pudo ser publicada nueve años después de la muerte del autor. Y no obstante, es la obra que ha repercutido en el pensamiento universal, de manera ininterrumpida.

Miguel Angel Vega ha combinado la erudición con las exigencias de las disciplinas estéticas. Sus juicios tienen la dimensión objetiva que reclama la verdadera historia del pensamiento.—*Vicente Mengod*.



“YO SOY TÚ, BIOGRAFÍA DE COKE”, escrita por *Jorge Délano*, Zig-Zag, 1954

El humorismo es congénito. Se nace con esa virtud de extremar el perfil y los sucesos humanos a través de una visión jocunda de la vida. Decían los antiguos que ello es el resultado de una saludable naturaleza física, sobre todo de un buen funcionamiento del aparato digestivo. Mientras el irónico zahiere aguzando su intención crítica en una equívoca actitud sonriente y el satírico encubre con risa su propósito de corregir, el humorista exagera caricaturescamente los seres y los hechos con un reír fluente y espontáneo, escondiéndose en su seriedad.